

# SIEMPRE ES «MUNDIAL»

JUAN CUETO

ILUSTRACIONES DE JOAN CRUSPINERA

NO se trata de un acontecimiento excepcional, como nos quieren hacer creer. No es el Mundial un interruptor de los comportamientos habituales, ese hecho extraordinario de rango espectacular y vocación de paréntesis. Es cierto que este gran *show* de masas alterará lo político, desbaratará lo social, creará actualidad interesada a su alrededor, aliviará lo económico, disolverá la pluralidad, encubrirá las urgencias, seducirá a las muchedumbres, indignará a los intelectuales apocalípticos y producirá algo más importante que divisas e imagen: delirios colectivos altamente manipulables.

Peró eso no es acontecimiento precisamente insólito en este país, una estrategia diversificadora fuera de lo común, algo llovido de la FIFA que viene como anillo al dedo: un recurso extraordinario del discurso político ordinario. Estos treinta días que conmoverán el mundo cotidiano español pueden y deben sumarse naturalmente, sin problemas lógicos, al resto de los días del año y del lustro transicional. Nos venden el acontecimiento del Mundial como algo fuera de lo común, a modo de carnaval irrepetible, jolgorio de masas que interfiere el curso normal de la vida política, anomalía lúdica que suspende momentáneamente el orden social. Pero olvidan que lo exótico es aquí lo cotidiano. Todo el año político es Mundial, carnaval, acontecimiento excesivo, es fuera de quicio. Y así, desde el principio de esta historia democrática de nunca acabar. De nunca acabar con la provisionalidad, quiero decir. Historia diferida por muy diversas maneras, y la más popular de todas, ese continuo truco tribal de gobernar —de mantener el tipo un par de meses más— por medio de la producción y manipulación de cuentos extraordinarios, insospechados, accidentales, extravagantes, sensacionalistas. Acontecimientos, pánicos o lúdicos, según convenga a la secuencia del momento. De masas, en todo caso.

## Algo esferoide y maquiavélico

Ahora acontece la moderna representación del *panem et circenses* en versión es-

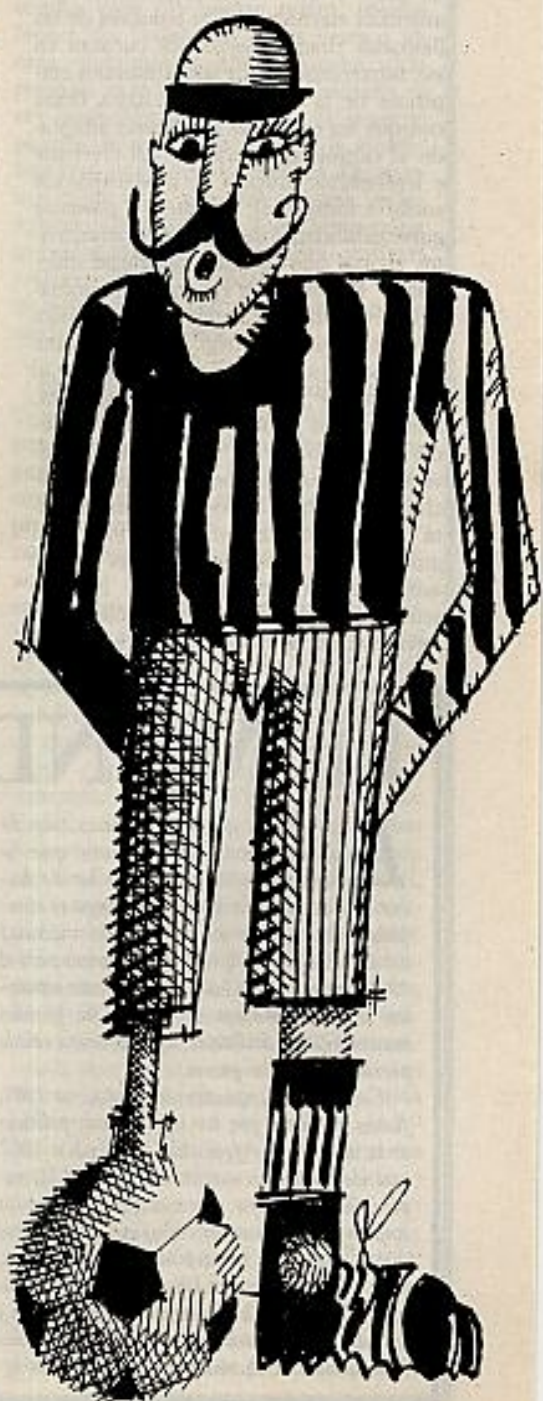
feroide y maquiavélica («... ébaitre et de tenir son peuple en lêtes et jeux», aconseja el astuto a su príncipe), pero antes fueron otros grandes fenómenos de masas los que desempeña por idéntica función retardadora y disuasora, espectacular, y con bastante menos gracia que estos juegos del gran Juego.

O sea, que nada del Mundial como recurso excepcional del poder para exhibir por unos días su simulacro, garantizar su continuidad, ocultar su impericia, anular la diversidad y divertir las atenciones. Nada de vacaciones legales de la lógica del acontecimiento político, excursión insólita, magia de masas. Pretenden convencernos de que sólo el fútbol utiliza las leyes habituales del espectáculo para disuadir el intolerable espectáculo de lo habitual, y resulta que, asimismo es como lo suelen hacer todos los días.

Delegan en el Mundial la misión de suspender por unas cuantas semanas el discurso de la normalidad —de la inédita pluralidad, para decirlo de prisa y resumiendo—, de la misma manera que hace instantes fue el juicio el espectáculo que cumplía tal misión; y antes, la industria pesada del miedo a costa del frustrado acontecimiento del 23-F; y con anterioridad, la dramatización de aquella crisis —¿recuerdan?— de la que era imposible salir vivos; y mucho antes, la disuasión civil a cargo de la rumorología militar y el terrorismo; y al principio de todo, el consenso contra natura para evitar la catástrofe. Intensa producción y circulación de espectáculos de quita y pon, sin solución de continuidad aparente y cuyo único objetivo es la solución de continuidad. Acumulación de *shows* altamente heterogéneos, unos más espectaculares que otros, aunque regidos todos por las conocidas leyes estremecedoras de los fenómenos de masas. Interruptores eficaces y a gran escala del comportamiento habitual de los ciudadanos —de la pluralidad social, quiero insistir— por medio de la manipulación intensiva del accidente, del favor, de los delirios colectivos, del cuento extraordinario, de ese acontecimiento-volcán que durante un tiempo coloniza las diversas factorías que fabrican el discurso de lo que llamamos «actualidad». Desde que el verbo del dictador se hizo polvo.

## De la excepción a lo excepcional

De aquel continuo estado de excepción hemos pasado en apenas unos años a este agotador estado de excepcionalidad. No es la lógica de la evolución democrática, del desarrollo industrial, sociológico, demográfico, legislativo o cultural lo que en este curioso país articula el acontecimiento político, determina la actualidad periodística y mueve las pasiones y los termómetros de la opinión pública, como parecería normal visto a través de los indicadores socioeconómicos, las pau-





tas de comportamiento y los hábitos de consumo, o la simple observación distanciada de lo que aquí pasa, sino la lógica del accidente, la retórica del *suspense*, el síndrome de la catástrofe, el gusto por lo excepcional, la pasión por la anécdota, el placer del excurso, la tentación del espectáculo efímero, azaroso, sensacional: las leyes precisas por la que se rigen los fenómenos de masas. El modelo del Mundial, con exactitud.

Existen dos grandes narraciones acerca de la Transición (escrito así, con mayúscula obscena, bien llamativa en términos tipográficos la detestable contradicción entre un modesto significado de paso y un tedioso significante que amenaza eternidad): Los hombres de las llamadas *ciencias sociales* nos cuentan en sus numerosos y poco leídos estudios empíricos de la naturalidad y hasta flemas con que los españoles nos hemos adaptado al cambio democrático; del creciente e irreversible proceso de modernización social e individual; de nuestra pasmosa gobernabilidad y de unos comportamientos cívicos que en nada sustancial difieren de los comunes en otras comunidades de mucha más tradición democrática y consistencia industrial. Incluso refieren el desparpajo increíble que le echamos al consumo de los signos posindustriales. Son historias pobladas de cifras y gráficos, de lectura árida y metodologías adversas en ocasiones, pero que suelen concluir de idéntica manera, y de las que está rigurosamente prohibido inferir el gusto de los españoles actuales por el acontecimiento extraordinario, insólito, sensacional, dramático, catastrofista, interruptor de la normalidad.



La otra narración es la que se lee diariamente en las caras crispadas de los políticos, en las primeras planas de los periódicos, en las arengas de los militares, en los sermones de los curas y, sobre todo, en los discursos machacones del poder y sus suburbios. Allí es otra historia bien distinta la que nos cuentan acerca del héroe de la Transición. Un relato sensacionalista lleno de anécdotas patéticas de quita y pon, altamente efímeras, que progresa hacia la nada de acontecimiento repentino en evento insólito y al margen de la lógica de la evolución —incluso de la evolución biológica—, en donde se le niega al personal de a pie la capacidad para asumir y vivir de una vez por todas, sin eufemismos ni dilaciones, la pluralidad. Una historia que trata de seres desmemoriados y de hábitos preindustriales, urgidos permanentemente de tutela, necesitados de sucesos de mucha emoción colectiva para poder expresar correctamente sus ideas políticas

o sociales, desencantados por la gracia de Dios —o de la genética—. Sujetos que sólo pueden gobernar por el discurso tribal del miedo y el recurso religioso del unanimismo. Tipejos disuadidos y consensuados.

## Kodacolor y fotomatón

Simplifico las posturas porque de simplificaciones se trata en ambos casos. Lo cierto es que cualquier persona que tenga la curiosidad de ojear el último informe Foessa, por elemental ejemplo que está al alcance de la mano, y compare el sereno y aburrido retrato en kodacolor del español medio que allí sale con el fotomatón de comisaría de guardia que se infiere del otro diagnóstico, creará que se trata de dos personajes. No sólo distintos: antagonicos.

Sería por lo menos divertido establecer el cuadro de las oposiciones paradigmáticas entre ambas instantáneas, tomadas precisamente el mismo día. Pero a efectos de lo que ahora me interesa, anoto una sola diferencia. Como cualquier ciudadano de una sociedad moderna, en vías de posindustrialización acelerada, ese español que sale fotografiado en las estadísticas es un *consumidor* de cultura de masas. El otro es *masa*, y como tal se le habla, describe, persuade y gobierna. Y ya que en el Mundial andamos metidos hasta el cuello, ésta podría ser la versión futbolera en terminología que tomo de Vicente Verdú: a uno se le estima como *espectador* y al otro le tratan como *foraño*.

# EL MUNDIAL DE LA GUERRA

## VICENTE VERDÚ

**L**a guerra de las Malvinas tiñe de costado todo pensamiento que se acerca al Mundial. No ha de haber aficionado, por huero que tenga el cómputo político, que no asocie cada vicisitud del Atlántico Sur a los días que esperan para el 13 de junio. Lo que hace unas semanas españolas se presentaba con el aire de los grandes acontecimientos brillantes, aparece ahora ceñido por el olor de la guerra.

Como las Olimpiadas de Moscú, en 1980, fueron derruidas por las repercusiones políticas de la invasión de Afganistán, el Mundial 1982 está siendo silenciosamente corroído por los vapores de esa muerte a granel que provocan los torpedos y las bombas. Ninguna oportunidad mejor, desde esta tristura humana y deportiva, para entender la necesidad que la liturgia futbolística tiene de la limpieza. Del ánimo terso y la colonia en el pelo que requieren las buenas celebraciones. Columnian a la afición o la ig-

noran quienes con empecinamiento pretenden denunciar al fútbol como un lenitivo para los males. Y yerran con sabiduría de pulpito quienes diagnostican que el fútbol es una suerte de turunda de algodón con la que la población sofoca sus heridas. No hay a menudo mejor consuelo para nuestras desdichas que la contemplación de otra desdicha ajena: nada, pues, semejante a la felicidad simulada que el conspicuo aficionado pretendía deducir del Mundial.

Pero es más. Por esta vez la selección española se ha venido comportando con tal mesura en su entusiasmo, ha sido a la vez tan poco sedicente y seductora, que el seguidor ha visto en ella una esperanza menuda y proporcionada a la cordura. Nuestro equipo —sea el que destile la livida imaginación de Santamaría— es de antemano la evidencia de la mediocridad. Nadie, a poca razón futbolística que tenga, ha po-

dido forjarse una épica de hincha. Ni, por tanto, asumir una eventual ebriedad patriótica a lo largo de los veintiocho días que dura el campeonato.

En España, ahora, como acaso sólo sucedió en Suiza (1954), en Suecia (1958) o en Chile (1962) el equipo anfitrión hará su gloria si llega a las semifinales. Con eso y haber gestionado civilizadamente los juegos el éxito será completo. Es decir, sin fisuras. Este es el lema; y no ya de Saporta, que de principio mostró su talante de organizador abstracto y al que parece sonarle el nombre de Arconada a propósito del anuncio en la tele, sino de los más favorables críticos del equipo español. Nada, pues, de grandes calenturas ni de desgarros por la selección nacional. Pocas veces el conjunto representante del país organizador habría de causar menos perturbaciones emocionales. Lo que España parece jugar en este Campeonato no es un triunfo deportivo, sino un protocolo turístico.



Es obvio que toda la barroca logística del Mundial —de todos los Mundiales— está destinada a transformar por cuatro semanas al público diverso en hinchada patriótica, en masa amorfa, desestructurada socialmente —desintegrada de sus respectivos clubs futbolísticos—, con relaciones basadas en el contrato —de acceso al campo o de uso del televisor— y de un solo comportamiento —comportamiento de convergencia, dicen los teóricos de los fenómenos de masas para designar las anomalías provocadas por las situaciones extraordinarias, como los desastres o los Mundiales, que vienen a ser la misma cosa.

## El acontecimiento-volcán

Transformar por el acontecimiento-volcán la diferencia en repetición, lo diverso en unánime, la excepción en re-

gla, la pluralidad en consenso, el simulacro en realidad, la coyuntura en historia, el espectador en forofo, el individuo en masa, el ruido en mensaje, lo exótico en cotidiano. Y esto ocurre con el Mundial, como ejemplar espectáculo de masas que es, pero, sobre todo, ocurre en los escenarios donde se representa diariamente el espectáculo de lo político. Todos los días es Mundial, podemos decir a propósito de la lógica sobre la que discurre la Transición. Todos los días es interrupción de la Liga, paréntesis, sensacionalismo, *cursum interruptus*, producción de actualidad extravagante, juguetona o dramática, cuyo objetivo inmediato es ampliar y amplificar la incertidumbre política y social, devaluar lo inteligible y elevar el fenómeno irregular a categoría histórica para que todo siga igual.

Por eso el Mundial se inscribe dentro de la lógica del acontecimiento político español. No por lo que tiene el juego del fútbol de posible manipulación de las muchedumbres, de evasión dominguera

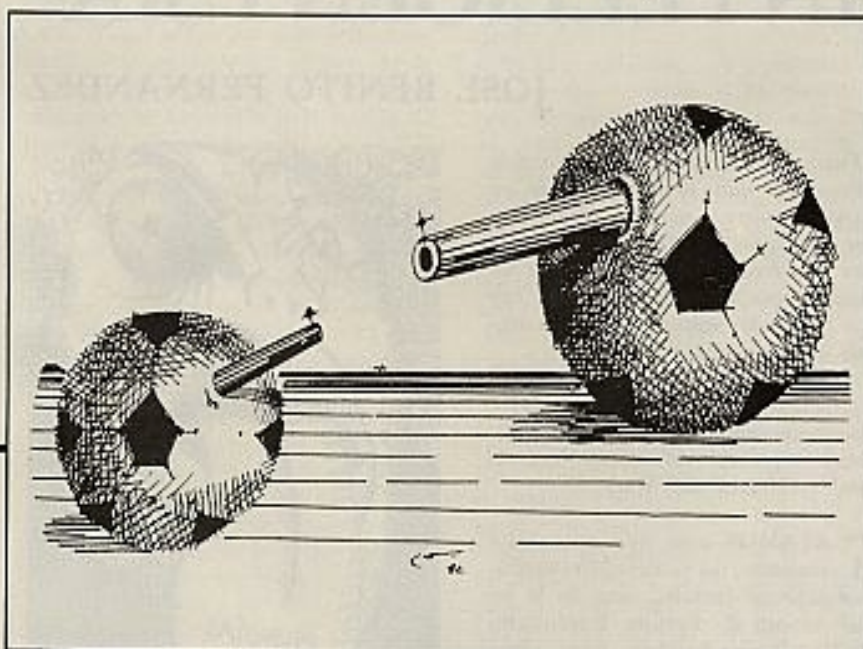
de la realidad (tiemblo al teclear esta palabra), de embrutecimiento cultural, de opio del pueblo y parecidos dictérios apocalípticos que todavía se emiten en nombre de no sé qué tipo de cultura popular liberadora, de no sé qué clase de artes o espectáculos nobles, de no sé qué idea de lo que debe ser el gusto obligatorio de las mayorías silenciosas, sino por lo que este gran *show* del Mundial tiene de familiar con esa retahíla de fenómenos de masas que se suceden ininterrumpidamente para interrumpir como es debido el curso de la evolución democrática e histórica. Un acontecimiento que no desentona precisamente, y muy a pesar de los aficionados al fútbol, con esa serie de azares y accidentes que han logrado desterrar lo ordinario de la actualidad política española, perpetuar la anomalía, desprestigiar la regularidad de la razón histórica e instaurar el sobresalto como norma de comportamiento habitual: el terrorismo, el 23-F, el asalto al Banco Central, el «manifiesto de los cien», el juicio, el Mundial, el comentario de las sentencias y recursos del juicio, las vacaciones, la visita del Papa en octubre, el comienzo de las ruidosas campañas electorales de la próxima temporada...

## Factorías del caos

Nadie le niega al evento extraordinario su lugar privilegiado en la historia del presente, y de sobra es conocido el papel decisivo que las ciencias duras y blandas otorgan al accidente, al azar, a lo imprevisible, al acontecimiento que rompe y rasga la cadena discursiva y puede llegar a desviar el discurso de la ciencia. Esa es otra cuestión que nada tiene que ver con la pedestre historia que nos ocupa.

Porque desde el momento mismo en que los *mass media*, como señala Noguera, tienen el monopolio de la historia, el acontecimiento insólito —catastrófico o lúdico, pero nunca arbitrario— hace algo más que adosarse a lo real, suspender la normalidad *sine die*, alimentar el hambre de sensacionalismo de las masas y espectacularizar lo político. El problema es cuando lo arbitrario, el evento con un sentido extraordinario estúpido, de rango primitivo, intenta ocupar el lugar de lo ordinario político, social o cultural, como por aquí sucede. En fin, cuando esos *mass media* sólo fabrican caos, delirios, acontecimientos extraordinarios altamente manipulables que no añaden nada nuevo al espectáculo de lo ordinario.

Nuestra civilización judeocristiana tiene tendencia a suponer, decía Francis



co-empresarial. En verdad, el cálculo de riesgos contra la adversidad deportiva se ha preparado tan exhaustivamente que incluso el equipo nacional, blindado por su gélida y desangelada fisonomía contraria al apego, ha sido previamente preservado contra las veleidades de la pasión. Con las representaciones de su breve encanto y competencia reiteradamente mostradas en los partidos amistosos ninguno habrá que pueda llamarse a engaño. Pero incluso para los «engañados», para los furibundos que pudieran bordear la decepción en la primera o en la segunda fase de los juegos, he aquí el plato de repuesto: el Mundial Cultural, que dice Saporita que ha dicho la Reina que se haga a conciencia. ¿Cómo esperar, pues, una desgracia o un destemplado alborozo de este Mundial?

Jamás quedó tan al alcance del fútbol convertirse en mero y puro espectáculo. Un espectáculo sugestivo, del que podía excluirse la garganta ardua y la polvareda tribal. Las fantasías de gloria propia y destrucción del rival. Y, sin embargo, cuando las cosas estaban así, cuando la selección se preparaba para la higiene muscular de La Molina y se velan los días con la conciencia horizontal, llega la mefítica cordillera de la guerra. De la guerra verdadera, además entre vecinos europeos y hermanos latinoamericanos, entre blancos y blancos. Una guerra auténtica, con familias mutiladas, hombres muertos para siempre y selecciones de fútbol involucradas que ya no representan a un país o a un tópico, sino directa e insoportablemente a la guerra. ■



Bacon, la existencia en el mundo de mucho más orden y regularidad del que se suele encontrar. Es cierto. Pero nuestra civilización transicional manifiesta precisamente la tendencia contraria: supone, porque hasta ahora le ha ido bien así, que el discurso de lo político y de lo social se organiza por eliminación de toda regularidad, a través de la hegemonía de un desorden altamente controlado.

O para decirlo de otra manera: sólo concibe el evento como ruido, como interferencia de la comunicación social, como alarido de las masas amorfas, informes, forofas. Por eso siempre es Mundial aquí, y ahora precisamente menos que nunca.

## El ruido y la furia forofa

Si se quiere, un plagio literal de aquella famosa frase de Shakespeare: «La vida es un relato, lleno de ruido y furia, contado por un idiota y cuya significación es nada.» En lugar de «relato» habría que decir «fenómeno de masas»; y en lugar de «nada», «poder».

En definitiva, esa superestructura intolerable que emite diariamente un tipo de retrato del español antagonico al que se deriva de fuentes de conocimiento menos gratuitas —aunque lo más probable es que se trate de un autorretrato— se reproduce a costa del acontecimiento de ruido y furia. No han hecho otra cosa durante la Transición que producir fenómenos de masas en serie, a veces sin ningún fundamento; otras, alargando hasta la desesperación accidentes políticos o sociales cuya tasa de durabilidad en otras sociedades similares apenas daban para un par de semanas. Se suele olvidar que el poder —en el sentido amplio del término— es el más potente de los *mass media* y de ahí el sentido *espectacular* que reviste actualmente su ejercicio. Pues bien, ese poder no ha cesado de utilizar, consciente o inconscientemente, su gran factoría de mensajes sociales para producir y difundir fenómenos de masas. Para decirlo a lo analítico, fabricar «ese tipo de acontecimiento social en el que gran número de personas actúan simultáneamente y de una forma que supone una notable interrupción del comportamiento habitual, sancionado por la sociedad, que corresponde a su papel» (Anthony F. C. Wallace).

Y como sabe cualquier sociólogo o psicólogo social, esos fenómenos de masas se manifiestan como miedo, apatía o delirio colectivo. Si los Mundiales provocan en las masas delirios colectivos, o al menos intentan producirlos, la intensa manipulación de los sucesos de aquel febrero —fenómeno de masas con todos

los predicamentos de rigor— provocan inicialmente el miedo disuasorio, fomentan el unanimismo y reproducen el consenso; pero después, cuando las amenazas no se cumplen, surge la apatía, la inhibición, la ausencia total de acción social o política. Y así sucesivamente con toda esa tropa de percederos eventos de ruido y furia que han puesto en circulación estos últimos tiempos. Interruptores de la normalidad que garantizan la continuidad por la producción intensiva de esas mercancías de masas que hacen masa a base de la emisión de pánicos, deli-

rios, desencantos, síndromes de desastre, disuasiones, emergencias, apatías, anomalías y otras conocidas formas de diferir el espectáculo y de negar la realidad fotográfica. Acontecimientos extraordinarios, además, que tienen la propiedad de desbancarse unos a otros del monopolio de la actualidad, aunque su ciclo vital no esté todavía cumplido. Como estos Mundiales desplazarán todo lo que se les ponga por delante, pero serán inevitablemente desplazados por los delirios colectivos del también poderoso *star-system* de los estudios del Vaticano. ■ J.C.

# LAS PATADAS DE LA «INTELLIGENTSIA»

JOSE BENITO FERNANDEZ

*«Entonces ya no vi más, se me subió la calabresa y le quise demostrar al caso ese que cuando quiero sé mover la guinda y me saqué de encima a cuatro o cinco y cuando estuve solo frente al golero le mandé un zapatillazo que te lo bogliodire y el tipo quedó haciendo sapitos, pero exclusivamente a cuatro patas.»*

(Mario Benedetti)

*«¡¡Golgolgolgolgolgolgolgolgol!! ¡¡Gooooooooooooooooooooollll... del Barcelonaaaa...!! ¡¡Autor del tanto: Vendaval Quini!!» (Héctor del Mar)*

ESTAMOS ante una apocalíptica invasión, no ya del *electrónicotraga-perras* frutales, sino de la bilabial sonora B. Breton, Burroughs, Bataille, Bosé, Barthes, Benveniste, Benjamin, Bienvenida, Brecht, Bachelard, Balmes, Babieca, Bergson, Baudrillard, Babeuf, Ballesteros, Borges, Balzac, Bacon, Becerril, Bettelheim, Beckett, Berceo, Boskov, Bly, Brennan, Beauvoir, Balbino, Brown, Bain, Bergamín, Balbin, Böhl, Baudelaire, Baroja, Benito, Benavente, Bachaumont, Baader, Balduino, Banchs, Berlo, Blum, Borg, Bueno, Bisky, Bunge, Bahamontes, y los que me dejaré. Todo un universo de heterología creado por la vecina alfabética de A. Y para más regodeo, la situación de destino de arma o cuerpo por imperativo de edad castrense se llama *situación B*. Y más aún; nuestro deporte nacional es el denominado *balompié*, también con *b*, más conocido por el anglicismo *fútbol*.



Decía Rubert de Ventos que «durante mucho tiempo (...) fuimos marxistas. Luego, marxistas-estructurales; después, freudo-marxista-estructural-pre-edipicos, y ahora, disidentes semiológicos». Pero yo creo que Rubert se equivoca, porque ahora lo que somos es *barthesiano-balompiédicos*; así, todo junto. Estoy convencido, plenamente convencido. Ni descriptonistas, ni formalistas, ni adecuacionistas. No existen más teorías de las ciencias que las de los *tifosis*, *supporters*, *culés*, *periquitos*, *merengues*, *colchoneros* y demás. Ni